

ENTREVISTA DE RELIEVE

Mons. Vicente Zico, C.M.

Vinícius Augusto Teixeira Ribeiro, C.M.

1. ¿Quién fue nuestro cohermano: Mons. Vicente Zico?

Un hombre de Dios, un vicenciano feliz y un pastor solícito. Son éstos los aspectos más evidentes en el perfil de Mons. Vicente Zico, admitido en la eterna paz del Señor el día 4 de mayo de 2015. Hablemos un poco de su historia. Es justo y necesario que también nosotros, sus hermanos de Congregación, recojamos las inspiraciones que su vida nos comunica. Sigamos así el consejo del autor sagrado que nos manda *“elogiar los hombres de bien, cuyos beneficios jamás serán olvidados”* (Eclo 44,10).

Vicente Joaquim Zico vino al mundo el día 27 de enero de 1927, en la ciudad de Luz (Minas Gerais), de padres profundamente cristianos, de los cuales nacieron 8 hijos. Antes de Vicente, dos de sus hermanos se hicieron Padres de la Misión: Belchior Joaquim, después nombrado obispo de la diócesis de Luz, y José Tobías, conocido por los relevantes servicios prestados a la Congregación en Brasil. Ambos se destacaron por la vasta producción literaria. El primero como poeta y el segundo como historiador. Una de las hermanas se hizo religiosa contemplativa, entrando en el Carmelo. Los otros cuatro hermanos se unieron en matrimonio y constituyeron familia. De los padres, todos recibieron preciosa herencia de sólidas virtudes, apreciadas por parientes y amigos: fe robusta, caridad discreta, espíritu de oración, atención a los pobres, amor al trabajo, dedicación a la familia. Por medio del padre, miembro de la Conferencia Vicenciana desde los 15 años, los niños oyeron hablar por primera vez de San Vicente de Paúl. En este ambiente fecundo y prometedor nació y creció Vicente Zico. Incentivado por los hermanos más viejos y apoyado por las oraciones de sus genitores, no fue difícil discernir la llamada que el Señor le dirigía para abrazar el sacerdocio como hijo de Vicente de Paúl.

A los 11 años, Vicente ingresó en la Escuela Apostólica de Caraça, primera Casa de la Congregación en Brasil (1820), donde permanecerá durante 5 años, disfrutando de aquella magnífica arquitectura natural y desdoblándose para corresponder a la rígida disciplina de la época. Siguió después a Petrópolis (Rio de Janeiro), donde ingresó en el Seminario Interno, bajo la orientación de santos e sabios formadores, que le permitieron asimilar más profundamente el espíritu que el santo fundador quiso imprimir en sus Misioneros. Allí también, estudió filo-

sofía y teología, preparándose de modo más inmediato para el sacramento del Orden. Era el período de la Segunda Guerra Mundial. Como país aliado, Brasil debería capacitar jóvenes para una eventual participación en los embates. Aún en el segundo año de Seminario Interno, a los 17 años, Vicente recibe la convocación para el servicio militar, teniendo que someterse a penosos entrenamientos. Felizmente, con el fin de la Guerra, le fue posible retomar su rutina habitual de oración y estudio.

El día 22 de octubre de 1950, después de 8 años de preparación, fue ordenado presbítero allí mismo en la capilla del Seminario de Petrópolis. Eran tres ahora los hermanos investidos del sacerdocio de Cristo, y todos miembros de la Pequeña Compañía. Dotado de virtudes y competencias para la formación del clero, las primeras reflexiones del Padre Vicente lo hicieron pasar por distintos seminarios, tanto de grandes diócesis (San Luís y Fortaleza) como de la propia Congregación (Petrópolis), actuando como profesor, director espiritual, prefecto de estudios, rector y superior. Por donde pasaba, a todos edificaba por su bondad, rectitud, sabiduría, modestia, equilibrio, sensatez y buen humor. Sus cualidades humanas y su carácter presbiteral se mostraron particularmente relevantes en aquel período de turbulentas adecuaciones de las estructuras eclesiales, cuyo evento emblemático fue el Concilio Vaticano II (1962-1965). Ejerció también los oficios de consejero y secretario de la Provincia. Después, pasó dos años en París, residiendo en la Casa Madre y estudiando Teología Pastoral en el *Institut Catholique*. Al volver a Brasil se encargó nuevamente de la secretaría provincial, sumada ahora a la redacción del boletín informativo, servicios desempeñados hasta 1974. En realidad, el Padre Visitador había planeado para él la dirección del Seminario Interno, pero no había seminaristas de quienes ocuparse en aquel momento. El vendaval postconciliar aún soplabla fuerte.

Elegido diputado a la Asamblea General de 1974, Padre Vicente Zico fue escogido para ocupar el cargo de Asistente General. Y lo hizo con su habitual disponibilidad, feliz por estar enteramente al servicio de la Congregación que lo acogió y preparó para el servicio del Reino. A lo largo de seis años, trabajó al lado del Padre J. Richardson y, durante algunos meses, junto al Padre R. McCullen, por los cuales tenía incontenida estima y admiración. En el desempeño de su encargo, Padre Zico recorrió varios países, visitando los cohermanos y animándolos en la misión de evangelizar los pobres y formar el clero y los laicos, según la inspiración del fundador de la Misión. No son pocos los que, aún hoy, guardan el grato recuerdo de su presencia cualificada y de su palabra iluminada en las Provincias por donde pasó.

Lo que queda para nosotros de este período inicial de la vida de Mons. Vicente es su capacidad de armonizar los aspectos constitutivos de su vocación específica: hombre de intensa vida interior, cotidiana-

mente ejercitada en la oración y en la liturgia; cohermano sencillo, alegre y respetuoso, cuya cordialidad iluminaba y alentaba la vida en comunidad; misionero abnegado y sacerdote generoso, verdaderamente dedicado a todo lo que le cabía hacer, en atención a las solicitudes de la Congregación que él tanto amaba. Lo que se decía del Señor Jesús puede ser aplicado sin rodeos a la persona de Mons. Zico: “Él hizo bien todas las cosas” (Mc 7,37). Parecía haber grabado en su corazón, con letras de oro, lo que aprendió de su fundador: “*Bienaventurados los que emplean todos los momentos de su vida al servicio de Dios*” (SV XI, 364).

2. Háblenos un poco del episcopado y de la actuación pastoral de Mons. Vicente

Mons. Vicente fue un obispo forjado por el Concilio Vaticano II: un auténtico pastor, de indescriptible envergadura espiritual e incansable celo apostólico, repleto de amor a la Iglesia, siempre al servicio de su pueblo. Del inicio al fin de su ministerio episcopal, anclado en el triple munus de enseñar, santificar y gobernar, personificó la descripción hecha por el Concilio, al recomendar que “*el obispo tenga siempre delante de los ojos el ejemplo del Buen Pastor que vino no para ser servido, sino para servir y dar la vida por sus ovejas*” (*Lumen gentium*, n. 27). En sus meditaciones sobre el Año Sacerdotal (2009-2010), encontramos esta convicción: “*Nuestro ministerio, nosotros lo ejercemos, no como quien domina el rebaño o le impone sus voluntades, sino como quien muestra estar a su servicio, apacentando con amor y dedicación*”. Veamos como todo eso se procesó en los casi 35 años de episcopado de Mons. Zico.

En diciembre de 1980, su nombramiento para arzobispo coadjutor de Belém lo sorprendió en Roma, en la Curia de la Congregación, donde continuaba su misión en el Consejo General. Recibió la ordenación episcopal de las manos del Papa Juan Pablo II, en la Basílica de San Pedro, juntamente con otros 10 nuevos obispos. Era el día 6 de enero de 1981. Al lado del Santo Padre, se encontraba su hermano, Mons. Belchior Neto, hace ya muchos años obispo de Luz. El lema episcopal escogido por Mons. Vicente Zico (*Cum Maria, matre Iesu*) expresaba su amor a la Madre del Señor y su disposición de abrazar la piedad mariana del pueblo paraense. De hecho, en Belém, hace más de dos siglos que se realiza el *Cirio de Nazaret*, una de las mayores fiestas marianas del mundo, reuniendo anualmente alrededor de 2 millones de personas, en el segundo domingo de octubre. Cada año, haciendo a pie todo el recorrido de la procesión, Mons. Vicente se unía a las esperanzas de su pueblo, colocándolo “*en los brazos maternos de aquella que carga todos los dolores del mundo, aquella que es infinitamente bella, porque es infinitamente buena*”, como decía Charles Péguy,

místico y poeta francés, cuya trayectoria de conversión nuestro cohermano obispo tanto apreciaba.

La arquidiócesis con la cual firmaría su alianza, situada en el corazón de la Amazonia, era aún desconocida para Mons. Vicente, pero desde ya profundamente amada por su pastor. Y hacia allí se dirigió, rebosante de ardor misionero, ansioso por servir. Belém, “*casa del pan*”, sería desde entonces su casa. Y lo sería para toda la vida, hasta el fin de sus días. La Amazonia brasileña es una región rica en su biodiversidad: ríos caudalosos, selvas vírgenes y fauna diversificada componen el majestuoso escenario que enmarca la histórica ciudad de Belém, capital del estado de Pará. Se trata también de una región de inmensos contrastes sociales, extremadamente carente de recursos y ampliamente explotada en sus riquezas naturales. Allí, Mons. Zico encontró una realidad al mismo tiempo deslumbrante y desafiante, un verdadero mosaico de culturas, cercado de muchos rostros de pobreza. Una llamada contundente a la caridad pastoral y a la misión evangelizadora que habrían de marcar su actuación de obispo vicenciano, cuya predilección por los pobres se manifestaría en sus preocupaciones e iniciativas. En la escuela de su fundador, parecía tener muy claro que la caridad que pulsaba en su corazón no era sólo un tesoro para conservar, sino una vida para consumir, un germen para desarrollar, un fuego abrasador cuya llama es el celo por el bien y la salvación de sus hermanos (SV XI, 590). Y así fue en su vida: “*Cuando la caridad habita en una alma, se hace cargo de sus potencias, jamás descansa. Es un fuego que arde sin cesar*” (SV XI, 132).

Solamente nueve años después de su llegada, en 1990, Mons. Vicente se convirtió en arzobispo titular de Belém. Desde el inicio, sin embargo, en pacífica cooperación con su predecesor, inició su fecundo ministerio, visitando las parroquias, dinamizando la pastoral y revitalizando la formación en el seminario. Su temperamento prudente, afable y conciliador fue ganando la simpatía y la confianza del clero y de todo el pueblo de Dios. Sabía aproximarse a los pobres y a las personas más sencillas con indescriptible levedad, recorriendo a pie los barrios de la periferia de la ciudad, visitando hospitales, prisiones, asilos, etc. Quedó conocido como “*Dom Zico*”, el obispo sonriente y atento, que a todos extendía la mano, acogía, escuchaba, orientaba y bendecía. Son innumerables los testimonios de personas beneficiadas por la presencia cautivante, por la palabra cálida y por la ayuda eficaz de Mons. Vicente. No es por nada que el pueblo paraense lo venera. Él mismo solía emocionarse al narrar algunas historias de los encuentros con su gente, como aquella de la iniciativa espontánea de un hombre de la periferia de Belém, que, después de la visita que el arzobispo hiciera a su comunidad, escribió con carbón en la pared de su casa construida sobre las aguas del río: “*Calle Dom Zico*”. Mons. Vicente decía haber sido éste “*el mayor homenaje que podía recibir como hijo de San Vicente*”.

El mismo Péguy decía que los hijos *“están siempre en la memoria, en el corazón y en la mirada de los padres, como su más precioso tesoro”*. Así estaban los pobres en la vida de Mons. Vicente: grabados en su memoria, impresos en su corazón, guardados en su mirada, como joyas de altísimo valor.

Con el nombramiento de Mons. Zico, la arquidiócesis de Belém ganó notable impulso, alineándose con el espíritu de comunión y participación diseminado por el Vaticano II. Sabía valorar y estimular las personas que tenía cerca, tejiendo una gran red de colaboradores entre obispos, padres, religiosos y laicos. La cantidad y la calidad de sus realizaciones demuestran la fecundidad de su pastoreo. Lo cotidiano de Mons. Vicente era hecho de encuentros, tanto en las comunidades regularmente visitadas como en los acontecimientos diarios en la Curia y en su residencia. En su esfuerzo de revitalización de las estructuras arquidiocesanas, trabajó en la elaboración y ejecución de dos sucesivos Planos de Pastoral, dinamizó la catequesis en todos los niveles, invirtió en la formación inicial y permanente del clero, promovió la capacitación de los laicos, perfeccionó el diaconado permanente, incrementó la animación misionera (particularmente, a través de las Santas Misiones Populares), amplió los espacios de actuación de la Vida Consagrada, dedicó atención a los matrimonios y a las familias, incentivó el protagonismo de los jóvenes, fundó una emisora de radio y un canal de TV, garantizó la conservación del patrimonio de la arquidiócesis y la hizo autosustentable, implementó la pastoral en las universidades, consolidó el *Cirio de Nazaret* como una ocasión privilegiada de evangelización a partir de pequeños grupos. Mons. Vicente no era hombre de vanguardia en lo que atañe a lo social, pero poseía extraordinaria sensibilidad humana, que lo llevaba a intervenir con discernimiento y vigor en las situaciones que requerían su palabra y su presencia, sobre todo cuando se trataba de promover a los más necesitados y a las víctimas de la injusticia. Como ejemplo, podemos rescatar su profético *“pronunciamiento sobre la situación social y económica del Pará”*, de 1997, que tanto impacto provocó entre los poderes públicos. En efecto, todas las iniciativas de Mons. Zico surgían de la fuente de su corazón paternal y de su identificación con el pueblo paraense que lo acogió con docilidad y que mantiene viva y palpitante su memoria. Es cierto que a Mons. Vicente no le faltaron incomprensiones y adversidades. Pero todo sabía enfrentarlo con su proverbial serenidad, sin nunca ofender o despreciar a quien lo difamase, y madurando en la oración su disposición a siempre perdonar. Tenía la certeza de que el pastoreo, como *“camino de amor”*, era también *“un camino de ascesis, de purificación, de renunciación”*.

La actuación de Mons. Vicente no se restringió al territorio de su amada Iglesia Particular. Como responsable por la dimensión misionera en la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil (CNBB),

trabajó con ahínco para despertar y confirmar la consciencia misionera entre las numerosas diócesis del país, además de haber viajado por siete países africanos en visita a misioneros brasileños. Integró la comisión misionera del Consejo Episcopal Latino Americano (CELAM) y fue escogido para la Pontificia Comisión para América Latina (PCAL). En todas esas instancias, pudo sedimentar y compartir su convicción de que *“la autenticidad de la Iglesia está en su índole misionera”*. En 1992, participó como delegado de la IV Conferencia del Episcopado Latino Americano, en Santo Domingo. Todas estas atribuciones exigen de Mons. Vicente frecuentes viajes internacionales. Su corazón, sin embargo, permanecía en Belém y nada desviaba su mirada de la Iglesia confiada a sus cuidados de pastor. Cuando era cuestionado al respecto de estos viajes, decía que *“lo mejor era poder volver a Belém”*.

Al tener su solicitud de renuncia aceptada por el Papa, contando ya 77 años de edad, Mons. Zico deseó retornar al seno de la Congregación. Solicitó al Visitador de su Provincia de origen que lo colocase en una de nuestras Casas. Todos estábamos muy contentos con la noticia auspiciosa de su venida entre nosotros. Su sucesor, sin embargo, quiso tenerlo cerca, insistiendo en que permaneciese en Belém y pidiendo al pueblo que se manifestase. Mons. Vicente decidió quedarse. Sus años de obispo emérito fueron de impresionante fecundidad, haciéndonos recordar el salmo: *“Incluso en el tempo de la vejez darán frutos, llenos de savia y de hojas verdes”* (92,15). Intensificó su vida de oración, prolongando los momentos de recogimiento contemplativo y profundizando su amistad con el Señor; se actualizó teológicamente, seleccionando lecturas de autores renombrados, retomando los documentos conciliares y pontificios, haciendo anotaciones para inspirar sus conferencias; se dedicó a la orientación espiritual y a la predicación de retiros, especialmente para el clero de muchas diócesis y para diversas congregaciones; mantuvo la presentación de programas de radio y TV; atendió a innumerables invitaciones para conferir el sacramento del Orden dentro y fuera de la arquidiócesis; continuó muy solicitado para celebrar Confirmaciones y fiestas de patronos en parroquias y comunidades. Con autoridad, podrá decir, en el contexto del Año Paulino (2008-2009): *“Hay tanto por hacer, son tantas las llamadas de Dios a nuestra conciencia sacerdotal, que permanecer acomodado en nuestro yo, ‘muy ocupado en no hacer nada’ (2Ts 3,11), sería un error vergonzoso, un escándalo”*. Las múltiples solicitudes recibidas harán su rutina de arzobispo emérito laboriosa y fructífera. Y nada más fácil de entender. ¿Quién no querría tener cerca la persona de Mons. Zico? ¿Quién no se sentía cautivado por su bondad, sabiduría y santidad? ¿Quién no apreciaba su capacidad de hablar *ex abundantia cordis*, adaptándose a la condición de sus oyentes, sin carecer de profundidad y belleza? Un sacerdote, una vez, afirmó: *“Mons. Vicente, callado, ya nos habla. Hablando, nos encanta”*.

Por fin, un bello retrato de este obispo rico en humanidad puede ser descubierto en un pasaje del Decreto conciliar *Christus Dominus*, sobre el munus pastoral de los obispos en la Iglesia: “Como encargados de llevar a la perfección, los obispos procuren hacer progresar en la santidad sus clérigos, religiosos y laicos, según las diferentes vocaciones, recordando la obligación que tienen de dar ejemplo de santidad por medio de la caridad, humildad y simplicidad de vida” (n. 15). ¡Imposible encontrar un retrato más nítido del *pastor bonus* que fue Mons. Vicente Joaquín Zico!

3. ¿Cuáles son los principales aspectos de su espiritualidad?

No hay duda de que la primera fuente de la espiritualidad de Mons. Vicente Zico fue la herencia que él recibió de San Vicente de Paúl. Es lo que se puede intuir fácilmente al considerar la centralidad de la persona de Jesucristo en su vida y en su ministerio. Lección aprendida de su fundador: “*Nada me agrada, a no ser en Jesucristo*” (Abelly III, 120). En Cristo Mons. Vicente encontraba la referencia segura de su existencia consagrada y de su laboriosa entrega al servicio de Dios y de los hermanos. Ya en el recuerdo de su ordenación presbiteral, hizo que se imprimiese: “*El sacerdote es otro Cristo*”. Se refería con frecuencia a la oración litúrgica del primer domingo de Cuaresma como inspiración fundamental del obrar cristiano: “*Concédenos, oh Dios omnipotente, que podamos progresar en el conocimiento de Jesucristo y corresponder a su amor por una vida santa*”. En sus meditaciones sobre el Año Sacerdotal (2009-2010), así se expresó: “*Nosotros, padres, como los apóstoles, para seguir a Jesús, debemos igualmente acogerlo, acompañarlo generosamente, abrimos a sus enseñanzas, llenarnos de entusiasmo por su persona, adoptar su estilo de vida, hacernos verdaderamente discípulos, seguirlo, haciendo de Jesucristo nuestra vida*”. Más adelante, destaca la compasión de Cristo con los pobres, otro acento de la espiritualidad vicenciana internalizado en su vida de misionero y pastor: “*Rostro humano de Dios, Nuestro Señor se hizo conocido y fue admirado y querido del pueblo por la manera como se mostraba atento a la situación de los pobres, de los enfermos, de los pequeños, de los afligidos, de los excluidos [...]. Formaba parte de su misión mostrarse profundamente humano, corazón compasivo [...]. En el seguimiento de Jesús, el padre debe primeramente dar testimonio de una persona rica de humanidad*”.

De esta radical identificación con el Señor, Mons. Zico recogía otro aspecto destacado de su espiritualidad, siempre de acuerdo con el espíritu de San Vicente: la confianza en la Divina Providencia. En los registros de un retiro que predicó para nuestros seminaristas con ocasión del Año de la Fe (2012-2013), descubrimos este testimonio: “*Soy feliz por vivir sintiendo dentro de mí la verdad de lo que decía y escribía San Vicente: ‘Dejémosnos conducir por la Providencia y todo*

llegará a buen término”. Esta confianza en la Providencia lo fortaleció a lo largo de toda su vida, haciéndolo siempre más confiado y disponible, fecundo en sus discernimientos e infatigable en el don de sí. Otra dimensión de la herencia vicenciana que Mons. Vicente asimiló en profundidad fueron las cinco virtudes que San Vicente imprimió en la Congregación como trazos indelebles de su fisonomía espiritual y misionera: *“Procuremos entrar en la práctica de estas cinco virtudes, como los caracoles en sus conchas, y hagamos que nuestras acciones transpiren estas virtudes. Será un verdadero misionero quien actúe así”* (SV XII, 310). En efecto, la vida de Mons. Zico fue una nítida transparencia de estas virtudes. Su cautivante sencillez, que lo hacía accesible a todos, próximo a los pobres e intachable en sus procedimientos. La *humildad* que no le permitía colocarse como centro de sus búsquedas y atribuir a sí mismo el mérito de sus hechos. La *mansedumbre* que relucía en la placidez de su semblante, en su presencia irradiadora de paz, en sus gestos de ternura y consolación. La *mortificación* ejercitada en las probaciones, sobre todo cuando veía colocada bajo sospecha la rectitud de sus intenciones, en su disposición de perseverar hasta el final en el bien comenzado y jamás pagar al mal con mal. El *celo* que marcaba el cumplimiento creativo de sus deberes, particularmente su acción evangelizadora, y que lo llevaba a hacerse *“todo para todos”* (1 Cor 9,22). Por todo lo que San Vicente de Paúl representó en la definición de su personalidad, no estará de más reproducir aquí un pequeño fragmento de una meditación hecha por Mons. Vicente en el retiro que predicó para los cohermanos de la Provincia de Fortaleza, con ocasión del Año Jubilar de los 350 años de la muerte de San Vicente y Santa Luisa (2010): *“Conocer San Vicente significó para mí apreciar y admirar su experiencia espiritual, el genio de su caridad, su celo en favor de los pobres. Y, así, amarlo profundamente. Como padre e incluso en la misión de obispo, continué alimentando mis conocimientos, familiarizándome con San Vicente y su espiritualidad. Pude hablar y escribir bastante sobre nuestro fundador y padre. Tenemos obligación de conocerlo y hacerlo conocido, tanto por el afecto de hijos que nos anima, como por la convicción de que él, San Vicente, tiene mucho que decir al mundo de hoy y a la Familia Vicenciana en particular”*.

Otra clave de lectura de la espiritualidad de Mons. Zico es su blasón episcopal, en el cual aparece sintetizado el contenido programático de su ministerio. Lado a lado, están la Palabra y la Eucaristía. Palabra que Mons. Vicente meditaba con docilidad, se esforzaba por vivir y predicaba con humilde elocuencia. Eucaristía diariamente celebrada, fulcro de su vida e impulso de su misión. La estrella sobre el fondo azul evoca la presencia de María, Madre de Jesús, modelo de aquellos que lo aman y lo siguen, de cuya compañía Mons. Vicente jamás se apartó. La elección del lema, sacado de Hch 1,14, quiso ser también un homenaje a San Juan Pablo II, Papa que lo nombró y ordenó obispo.

Las aguas del río que atraviesan el blasón, a su vez, aluden a la Amazonia, lugar en que su ministerio se desarrolló con abundantes frutos. Las palabras con que Mons. Vicente Zico se refirió a su predecesor, en el año de 1991, servirían para delinear su propio perfil: *“Cuánto más se identifica el obispo con los deseos y preferencias del rebaño que él pastorea, más se hace evidente que, en él, el Espíritu Santo descubrió la vocación indispensable para el episcopado”*.

4. ¿Y la relación de Mons. Zico con la Congregación de la Misión y la Familia Vicenciana?

Incluso después de su nombramiento para el episcopado, Mons. Vicente siempre se mantuvo estrechamente unido a la Congregación. Se sentía verdaderamente feliz y agradecido por pertenecer a las filas de la Pequeña Compañía. Se interesaba por todo lo que a ella se refería, acompañando su trayectoria a través de la lectura asidua de *Vicentiana*, *Nuntia*, *CLAPVI* y del *Informativo São Vicente*. Una vez, en su residencia de Belém, me mostró el libro de las *Constituciones y Estatutos*, al cual siempre volvía para sintonizarse con el espíritu de nuestra vocación. Era admirable oírlo hablar de San Vicente y del carisma que nos legó. Con que veneración mencionaba a nuestro fundador y a los santos y beatos de la Familia Vicenciana. Frecuentemente, los citaba en sus escritos, alocuciones y diálogos. No perdía oportunidad de visitar nuestras Casas y de estar con los Cohermanos. Jamás rehusaba cualquier invitación para celebrar nuestras fiestas y ordenaciones. ¡Y no son pocos los Misioneros a los cuales Mons. Vicente impuso las manos! Guardaba muy vivo el recuerdo de sus tiempos en la Provincia y en el Consejo General, recordando personas y acontecimientos. Los retiros que predicó para nosotros se hicieron memorables por la afinidad con la herencia vicenciana y por el modo como la presentaba.

También las Hijas de la Caridad fueron agraciadas por la solicitud fraterna de Mons. Vicente: orientación espiritual, retiros, celebraciones, confesiones, visitas, etc. Innumerables Hermanas dan testimonio de lo mucho que recibieron de sus desvelos. Me acuerdo de lo que me dijo, una vez, una joven Hermana: *“Cuando me confieso con Mons. Zico, salgo con la impresión de que me volví mejor de lo que era antes”*. Reflejo de la habitual facilidad con que confortaba y animaba a las personas que a él se acercaban. Se puede afirmar que el celo de Mons. Vicente por la Familia Vicenciana se extendía también a los laicos y laicas que la componen y que siempre encontraron en la palabra y en el ejemplo de este pastor un ardoroso incentivo para la caridad misionera. Por fin, me place citar el entusiasmo con que Mons. Vicente venía acompañando la traducción de las *Obras Completas de San Vicente*. De sus manos, obtuvimos el *imprimatur* para los cuatro primeros volúmenes.

Nos hablaba de su vibración al saborear la sabiduría espiritual de nuestro santo padre en nuestra propia lengua. Y, en el mismo retiro a los cohermanos de la Provincia de Fortaleza, declaró: *“Leer y oír a San Vicente es un placer y una gracia. San Vicente se muestra un verdadero maestro espiritual, sencillo, de gran claridad en la exposición de su pensamiento, ricamente conciso, capaz de alimentar de sabiduría y entusiasmo el corazón de sus hijos”*.

5. Por fin, un testimonio personal sobre Mons. Vicente Zico.

Lo que más me impresionaba en la persona de Mons. Vicente era su extraordinaria capacidad de armonizar bondad y verdad, generosidad y rectitud. Cuanta coherencia entre sus convicciones, palabras y actitudes. Cuanta lealtad en su modo de proceder y de relacionarse. Su presencia suave era una nítida transmisión de los valores que orientaban su conducta de hombre de Dios. La integridad de una persona podría parecer demasiado árida si en su interior no palpitase un corazón magnánimo. Amplitud de corazón, sensibilidad humana, disponibilidad para ir al encuentro de los otros eran rasgos destacados de la personalidad de Mons. Vicente. Él sabía ser al mismo tiempo jovial y educado, próximo y prudente. No se indisponía contra nadie y jamás se permitía ninguna palabra arrogante o gesto indelicado. Cerca de él, todos se sentían acogidos, respetados y valorados, toda persona, hasta la más sencilla, sentía que podía ser más y mejor. Fue así nuestro Mons. Vicente: verdadero y bueno hasta el fin de sus días, como un río cristalino en el cual todos podían saciar su sede.

Otra característica de Mons. Vicente que me edificaba enormemente era su identificación con su vocación y su ministerio. Se entusiasmaba por ser vicenciano, sacerdote y obispo. Y decía no saber vivir de otro modo, a no ser según su propia verdad. Con razón, podría aplicarse a sí mismo la afirmación del apóstol: *“Por la gracia de Dios, soy lo que soy. Y su gracia a mí dispensada no fue estéril”* (1 Cor 15,10). No precisaba buscar nada fuera del horizonte de su consagración, hecha de contemplación y acción, oración y servicio. Todo en su vida estaba dirigido para la misión. En Brasil, tenemos una canción que dice así: *“Soy el buen pastor, las ovejas guardaré. No tengo otro oficio, ni tendré. Cuántas vidas yo tenga, yo las daré”*. Así era nuestro Mons. Vicente. No tenía otro oficio, otra satisfacción y otra ocupación, a no ser aquello que le dictaba el encargo que le fue confiado como continuador de la misión de Cristo y sucesor de los apóstolos. Y, por eso, se daba por enterero en todo lo que hacía, y hacía bien todo lo que le competía hacer, imprimiendo en todo un toque de sabiduría y santidad. Parafraseando al Papa Francisco, la misión no era un *“apéndice”* en la vida de Mons. Zico. *“La misión era su vida”* (*Evangelium gaudium*, n. 273). Y el secreto de todo esto, el misterio del corazón de Mons. Vicente, corazón que

jamás perdió la pureza y la jovialidad, se desveló en las palabras dirigidas a su sucesor en el umbral de su peregrinación terrena, cuando fue informado de la irreversible debilidad de su salud: *“No tengo temor de partir a la eternidad. ¡Amé a Nuestro Señor de todo corazón!”*.

No puedo dejar de recordar aún la inmerecida oportunidad que tuve de acompañar a Mons. Vicente en su último viaje a Belém, donde el Señor habría de recogerlo como fruto maduro para la eternidad. Él había venido a pasar algunos días en Belo Horizonte para visitar sus familiares y cohermanos. Como siempre, se hospedó en nuestra Casa, alegrándonos con la brisa suave de su presencia, participando de nuestra vida comunitaria, celebrando la Eucaristía diaria en nuestra Parroquia y atendiendo con su habitual afabilidad a todas las personas que lo procuraban. Yo mismo pude aprovechar la ocasión para confesarme con él. En el cuarto día de su visita, sintió fuertes dolores en la región abdominal. Quisimos llevarlo al hospital y colocamos a su disposición todo lo que la Provincia podía ofrecer. Él, sin embargo, manifestó su deseo de volver deprisa para su amada Belém. Me llamó aparte y me preguntó si podría acompañarlo en este viaje de regreso. Sin pestañear, le dije que sí. En realidad, yo debía viajar en aquella misma noche a un encuentro de las Hijas de la Caridad en Rio de Janeiro. Telefoneé a las Hermanas, les explique la situación y pedí que me dispensasen del compromiso. Al día siguiente, sábado, obtenidos los pasajes aéreos, viajamos a Belém. ¡Una inolvidable experiencia! Durante las tres horas de vuelo, mientras Mons. Vicente intentaba dormir, disimulando el dolor que le consumía, conservando aquella paz que lo caracterizaba, yo lo contemplaba entre emocionado y agradecido, con la clara conciencia de estar al lado de un santo, de un hombre que supo vivir con autenticidad y que, en aquel momento, comenzaba su último ofertorio, *“acostado en los brazos de la maternal Providencia”*, escuchando cada vez más cerca *“el suave repicar de la campana de la Pascua Eterna”* (C. Péguy).

* * *

Por todo lo que vivió e irradió, nutrido por su entrañable amor a Nuestro Señor, *con María, Madre de Jesús*, Mons. Vicente Joaquim Zico se quedará para siempre en la memoria de quien lo conoció, paseando en nuestros corazones y suscitando en nosotros, sus Cohermanos, el deseo de ser buenos y verdaderos, fieles a la vocación que recibimos e íntegros en nuestra misión, con el fin de que, como para él, también para nosotros, *“los caminos del Cielo guarden eternamente los rasgos que dejamos al andar”* (C. Péguy). ¡Muchas gracias, querido Mons. Vicente!